

Daniel Santoro

Artes visuales y democracia

Daniel Santoro
Artista Plástico

Como en ningún otro ámbito de la cultura, en las artes visuales, y más específicamente, en su red difusa de instituciones privadas (fundaciones, museos, asociaciones, críticos, curadores, universidades, etc) el período democrático iniciado en el '83, lejos de tener un efecto positivo, vió profundizar las tendencias elitistas y conservadoras que históricamente condujeron al sector. Basta ver la actual vigencia y continuidad de algunos de sus protagonistas que operan sobre todo a la sombra del paraguas protector de su poderío económico (ej. Nelly Arrieta de Blaquier, actual presidenta de la Asociación Amigos del Museo de Bellas Artes, y colaboradora de la dictadura genocida a través de su empresa, el ingenio Ledesma, tema conocido y documentado). La presencia activa de bancos especulativos, (Velox), empresas como Techint, (Fundación Proa) o empresarios multipropósito como Constantini (Malba). El rápido prestigio social que adquieren estas instituciones, hace que ocupen un espacio que el Estado deja vacante -por un desinterés histórico-, y que ven como un territorio propio, "digitado" a través de sus políticas (envíos a Bienales internacionales, por ejemplo).

El mundo de las artes visuales funciona como el gran salón de ceremonias en el que el poder económico exhibe sus logros y fija su estatus. Por otro lado, con su desinterés el Estado paga tributo para ser aceptado en ese sofisticado mundo de *glamour* y contemporaneidad; esto se acentúa mas cuando el poder lo ejerce un gobierno de origen peronista; entonces parece actuar allí directamente un sentimiento de inferioridad, o una

incapacidad estructural para dialogar a la par con esa "exclusiva" elite auto-gestiva.

Veamos el panorama de este concentrado mundo de poder que es el de las artes visuales. Podríamos abordarlo al menos desde dos miradas.

La primera. Un rápido análisis "sociológico" nos muestra la pertenencia plena a una clase social. Si con los años 90 prosperaron los *countries*, como áreas protegidas para aquellos que logran estatus económicos diferenciados, nuestras instituciones artísticas privadas y estatales, también consolidaron un *country* que tiene como límite difuso el arco de la Avenida Córdoba por el lado norte, en nuestra capital. Casi toda la actividad y difusión artística (que importa) ocurre en este territorio, salvo algunos enclaves extramuros (Proa, por ejemplo). El de las artes visuales es un mundo captado por una clase social.

Pero miremos hacia el otro lado. La Matanza es un enorme territorio superpoblado que carece de cualquier rastro de instituciones relacionadas con las artes visuales, ni museos ni mucho menos galería de arte -¿podríamos asegurar que los pobres no pintan? Una encuesta de hogares seguramente arrojaría cifras definitivas en este sentido: en los barrios del norte de Buenos Aires los porcentajes de "artisticidad" serían asombrosos en comparación con las barriadas populares del conurbano bonaerense. En definitiva, este grupo reducido y de gran poder impone sus gustos y sus deseos de pertenencia, y esto acaba planteando lo que podríamos llamar una catástrofe identitaria de la que me ocuparé a continuación. Pero antes un ejemplo sobre esta sutil acción del gusto de las elites. Quinquela